

Un libro-mortaja

1989

MARÍA ELVIRA SAMPER

Planeta, Bogotá, 2019, 285 pp.

PUEDE RESULTAR paradójico celebrar la publicación de un libro como *1989*, porque cada una de sus páginas está escrita con palabras que representan —en el sentido de que vuelven a hacer presentes— los muertos, las masacres, los desvíos investigativos de la justicia, la impunidad, la inestabilidad política y la crisis institucional de Colombia en 1989. Sí, es paradójico, porque no son otros los protagonistas de este libro de María Elvira Samper.

1989 es, como lo indica la autora, “un recuento periodístico contextualizado” (p. 11), “una recopilación de los hechos y episodios violentos que dejaron huella no solo en ese año negro de la administración Barco, sino en la historia del país” (p. 50). Expresado con otros términos, *1989* sumerge al lector en un año en el que se alcanzó un clímax de la violencia colombiana del siglo XX, en tanto se pronunciaron distintas declaratorias de guerra: paramilitares, narcotraficantes y esmeralderos contra guerrillas; paramilitares y narcotraficantes contra militantes de izquierda; narcotraficantes contra esmeralderos, periódicos, árbitros de fútbol y miembros del Estado —jueces, magistrados, políticos, policías, organismos de seguridad—; políticos y gobernantes contra narcotraficantes; narcotraficantes contra narcotraficantes, y esmeralderos contra esmeralderos.

Samper dosifica su abordaje dividiendo el libro en tres capítulos y un anexo. En el primer capítulo, instala el año de 1989 enmarcándolo en el período presidencial de Virgilio Barco (1986-1990), con referencias puntuales a su antecesor, Belisario Betancur (1982-1986), y su sucesor, César Gaviria Trujillo (1990-1994), y destaca, del primero, que ejerció “su mandato entre los fuegos cruzados de varias confrontaciones” (p. 37). De los narcotraficantes con la policía y entre sí —específicamente, entre los carteles de Cali y Medellín—; de las guerrillas contra el Estado, particularmente con la policía y los militares; de los para-

militares que se unieron con militares del Estado para matar a guerrilleros, líderes sociales y políticos. También, las dificultades de Barco para llevar adelante varios proyectos: que se consiguiese una negociación con las guerrillas, mediante el diálogo, para la finalización del conflicto armado; que se mantuviese en vigor la extradición de los narcotraficantes; que se aprobara una reforma constitucional y, finalmente, que la comunidad internacional atendiese su enfoque según el cual la demanda de cocaína, y no la oferta, debía ser el móvil para enfrentar y derrotar el flagelo del narcotráfico.

En el segundo capítulo, “1989 el año más violento”, Samper presenta sucesos violentos ocasionados por paramilitares, narcotraficantes y sicarios, en complicidad con militares y funcionarios del Estado, mediante un ordenamiento cronológico de meses y días, y con la mención de los nombres propios de víctimas y victimarios. Tal exposición, reforzada con el uso estilístico del presente histórico, facilita que el lector acompañe la narración de los episodios y hechos de manera vívida. Así, conforme el lector avanza en la lectura, va familiarizándose con nombres de autores intelectuales y materiales como los capos de la droga Pablo Escobar Gaviria y Gonzalo Rodríguez Gacha, “el Mexicano”; los esmeralderos Gilberto Molina y Víctor Carranza; los paramilitares Henry Pérez, Iván Roberto Duque alias “Ernesto Báez”, Fidel y Carlos Castaño; cómplices militares como Luis Arsenio Bohórquez; funcionarios del Estado como Miguel Maza Márquez, y políticos como Alberto Santofimio. También, con nombres de víctimas como Rodrigo Lara Bonilla —ministro de Justicia—, José Antequera —secretario del Partido Comunista—, Héctor Giraldo Gálvez —periodista de *El Espectador*— y Álvaro Ortega Madero —árbitro de fútbol—.

Samper contextualiza algunos sucesos con apartados complementarios en los que refiere antecedentes e investigaciones posteriores. Así ocurre, entre otros, con el asesinato de los doce miembros de una comisión judicial en la vereda La Rochela, de Simacota, en el Magdalena Medio santandereano; con el asesinato del secretario nacional del Partido Comunista e integrante de

la Unión Patriótica, Teófilo Forero, en Bogotá; con el sacerdote Sergio Restrepo Jaramillo en la parroquia de San José, en Tierralta (Córdoba); con la abogada María Helena Díaz, acibillada a tiros en Medellín; con el asesinato del precandidato presidencial Luis Carlos Galán en la plaza de Soacha (Cundinamarca); con el atentado a la sede del periódico *El Espectador*, en Bogotá, usando un camión cargado con 55 kilos de dinamita; con la explosión en el aire, sobre el cerro Canoas del municipio de Soacha (Cundinamarca), del avión Boeing 727, con matrícula HK-1803, de Avianca. Son 125 páginas con asesinatos individuales y colectivos, cometidos por mercenarios —sicarios contratados o empleados de narcotraficantes— y por paramilitares, sin un mes de tregua. Páginas y páginas de papel que se transfiguran en una mortaja enorme, manchada con sangre, receptora de lágrimas, dolor y desconcierto.

Los últimos dos apartados, el tercer capítulo y el anexo, contienen, el primero, la transcripción de las entrevistas que Samper les realizó a seis testigos de la época —César Gaviria Trujillo, Rafael Pardo Rueda, Alfonso Gómez Méndez, Aída Avella, Óscar Naranjo y Francisco Leal Buitrago—, y el segundo, una tabla —de boletines de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz y el Cinep— con las acciones militares que realizaron las guerrillas mes a mes, día a día, sitio a sitio, durante aquel año aciago de 1989.

Para relatar cada suceso, Samper afirma haber comparado, confrontado, decantado y unificado

[...] las versiones publicadas en los diarios nacionales —*El Tiempo* y *El Espectador*— y en los regionales cuando es del caso —*El Colombiano*, *El País*, *Vanguardia Liberal*, *El Heraldito*...—; en periódicos de Bogotá como *El Siglo* y *La Prensa*; en investigaciones de organizaciones como Fundación Ideas para la Paz y de portales como *Verdad Abierta*, y en la revista *Semana*, de la cual era entonces subdirectora. (p. 49)

En síntesis, un archivo irreprochable, con el cual la periodista consigue divulgar las líneas generales de un año en el que fueron declaradas varias guerras en Colombia. No obstante,

quienes tienen alguna cercanía con la disciplina de la historia podrán echar en falta matices que solo sería posible proporcionar con una revisión archivística más escrupulosa que deviniera en mayores ahondamientos. Por ejemplo, con los testimonios aportados por paramilitares luego de su desmovilización, o con las sentencias dictadas a parapolíticos y FARC-políticos en años posteriores.

Con esta última consideración, permítanse unas palabras finales. Sin duda, es motivo de celebración que editoriales con un claro impacto divulgativo —por su capacidad de promoción y distribución— acojan proyectos periodísticos como este de 1989, de María Elvira Samper. Sin embargo, sigue haciendo falta que esas mismas editoriales acojan también las investigaciones de aquellos historiadores que se esfuerzan por escribir la historia reciente de Colombia, quienes suelen publicar en editoriales académicas de escasa circulación y bajo impacto divulgativo. Lo anterior hace ineludible esta cuestión: ¿no es ya el momento de que, junto a los libros de recuento periodístico contextualizado, aparezcan los de los historiadores de la llamada “historia del presente”? Puede que *algunos* ansiemos una respuesta afirmativa. Mejor sería que la solicitáramos *todos*.

Mateo Navia Hoyos